

vida de Dios. Esta salvación prometida al mundo á costa de su holocausto, hacía temblar de antemano su divino corazón y precipitaba los latidos de amor en su augusto pecho.

Pero no se contentaba con derramar su sangre en expiación de los pecados del mundo, quiso que todas las almas regeneradas pudiesen saborear su dulzura y su divina eficacia. Extremando su deseo de favorecer al hombre y viéndole abrasado de sed insaciable, se decidió á abrir en lo más íntimo de su corazón un manantial sin fin, donde pudiese embriagarse de vida divina sin llegar nunca á hartarse ni á agotarlo; manantial de luz y de amor á la vez que fuente de vida en donde el alma extasiada encuentra el aperitivo de los eternos festines!

Al fruto de la vid precisamente quiso Jesús conceder el alto honor de servir de misterioso vehículo, que llevase á nuestros labios y á nuestras venas su vivificadora sangre.

«¡Esto es mi sangre!» Esto no es vino, ha desaparecido la efímera substancia, para dar lugar á la substancia inmortal y bajo los mismos accidentes á que los ojos y el paladar están acostumbrados, apuramos en ese cáliz un licor divino; la vida divina, la sangre de un Dios. Vino sacratísimo, maravilloso néctar en que se embriagaban eternamente los Angeles y los Bienaventurados; tú constituyes en el mundo la alegría de los corazones puros y la fuerza de los débiles.

* *

Los Arboles

El paisaje nazareno convida á la vista con algo más

que cereales y viñedos. Numerosos olivos, higueras y tempranos almendros, alternan su verde claro y oscuro, amenizando el suave ambiente de aquel clima. A Jesús le encantaba el sentarse á su apacible sombra; y no pocas veces acudía á sus sabrosos frutos para templar la sed y la fatiga. No siempre las ramas respondían á la divina mano que las agitaba en demanda de sustento, los frutos habían ya desaparecido.

Entonces con una rápida y melancólica reflexión, sobre el fin de su venida al mundo, pensaba en los muchos que pasan la vida sin fruto alguno, sin mérito para la eternidad.

Seres saturados de egoísmo y de pasiones, que no viven más que para sus apetitos, que son incapaces de pensar un instante en sus prójimos, como ególatras dispuestos á sacrificarlo todo por un átomo de propia satisfacción. Estas son plantas estériles que ocupan inútilmente un lugar y profanan la luz y el calor del sol. Su acción es nefanda. La sombra que proyectan es mortífera. Inútil es que la gracia les rocie, de nada sirve que el sol de justicia les caliente con sus fulgores, la savia sobrenatural no se difunde por sus ramas. Es inútil que la naturaleza se muestre exuberante, Dios no halla en ellos, ni flores ni frutos. ¿Qué hará de ellos? ¡Ay dolor! —¿Qué se hace con el árbol estéril?— Cuando uno y otro año se ha trabajado con ahinco, se ha removido la tierra por donde se extienden las raíces, se ha abonado con lo mejor para enriquecer los elementos de nutrición vegetal y todos estos cuidados se pierden en el vacío, se le maldice, se arranca y se le arroja al fuego.

¡Misterio terrible é insondable! ¿Por qué no pro-

ducen buen fruto todos los árboles? ¿Por qué todos los seres no son buenos? — ¿Por qué tanta hojarasca en la naturaleza y en la humanidad? ¿Es culpa suya el pertenecer al desecho ó es su imperfección? ¿Vendrá á ser como un grado respecto á la perfección de los demás?

Todo habla al alma de Jesús. La naturaleza entera para El era un mar de vida, que, al través de agítadas apariencias y revueltas olas, le dejaba ver el misterio profundo de las cosas.

* * *

Las Flores

Otras veces se espaciaba su vista por la florida campiña y admiraba su brillantéz y colorido.

¿Qué genial artista ha confeccionado el lirio de los valles, esa flor de tan delicado matíz, que llegó á ser envidiada por la púrpura de Salomón?

¿Quién ha concentrado en ese diminuto grano de mostaza, en tal debilísima envoltura, esa intensidad vital de tanto empuje que llega á dar de sí un árbol gigantesco en cuyo ramaje se cobijan las avecillas del cielo?

Dios ha hecho surgir inmensas maravillas de cualquier nonada. Lo mismo resplandece su magnificencia en la flor de la campiña que en los astros del firmamento. Su poder se complace en fascinar al hombre y trastornar sus pobres cálculos, sacando de la nada tan deslumbradoras creaciones.

Jesús veía á la Iglesia, su obra por excelencia, la Iglesia inmortal y universal que comenzaba con el misterio y la pequeñez de un grano de mostaza. El

también se ve representado por esa insignificante semilla, pasando desconocido; perdido en la multitud popular. Nace en aquella Galilea de donde según dicho vulgar, no puede salir nada bueno. Predica á algunos aldeanos y pescadores; muere después de iluminar el mundo con un fulgor inusitado, pero rápido. Y su palabra poco á poco predicada por los Apóstoles llena el mundo. Ante su nombre todo se postra en la tierra, en el cielo y en los infiernos. Sus prodigios de bondad, reclaman forzosamente la gratitud de los hombres. Su amor se apodera de los corazones y los levanta hacia El. Su aprisco dilata el cercado porque la grey aumenta hasta el extremo de acudir á su amoroso silbo todos los corderos, todos los hijos de Dios, todos los fieles dispersos por el espacio y el tiempo. Así que el árbol de la Iglesia, crece y se agranda prodigiosamente, mucho más que el del grano de mostaza; cubre la tierra con su apacible sombra, anidan en su ramaje las virtudes todas y levanta su copa hasta los cielos.

* * *

Los Animales

Otras veces la mirada de Jesús iba á caer sobre los animales que veía por los campos.

Los pajarillos le parecían los niños mimados de la Providencia; pues ni siembran, ni recogen y no obstante, el Padre celestial les proporciona el alimento diario. Mas si Dios se muestra tan solícito por la vida del pajarillo solitario ¿Qué no hará por los hombres? ¡Ah! nosotros significamos mucho más que una avecilla.

El águila agitando sus cárdenas remiges sobre las cumbres más soberbias, recordaba á Jesús la absoluta soberanía que El debía ejercer sobre las almas, sosteniéndose en el aire, desde la cima de la Cruz sobre el mundo, desde donde atraería hacia sí todas las cosas.

La gallina que da calor y amparo bajo sus alas á sus pequeñuelos, se le presentaba como una imagen conmovedora de la solicitud del Señor para los hombres. Su venida á este mundo no tenía otro fin que el de mostrar á Jerusalén su corazón abierto para cobijar en él á todos los hijos rebeldes de Israel. ¡Ah! cuántas veces chocaba su cariño con pedregosas negativas.

Pero los animales que más le atraían eran los corderitos; esos delicados símbolos del alma fiel.

¿Jesús, á imitación de su regio progenitor David, ¿no se ocuparía en cuidar los rebaños por los escarpados vericuetos de Nazaret?

Esta idea simpatizaba mucho con el carácter hebreo. Mil veces se compara á Dios, en la Biblia, con el buen Pastor; y su rebaño escogido es el pueblo de Israel. Dios realmente prodiga á su pueblo todos los cuidados de un pastor fiel á su rebaño. Le protege, le defiende, le guía, le alimenta, le refrigera en el estío, le cuida como á un rebaño predilecto.

El Salmista hablando en nombre del pueblo no vacila en exclamar:

«Mi Pastor es Jehovah! Nada puede faltarme. El me lleva á los ricos pastos, á los frescos linderos de las aguas en donde se reanimará mi vida. Vuestro cayado es mi sostén!»

¡Cuántas veces contemplaría Jesús aquellos reba-

ños que constituían la riqueza del país; y les vería ir á buscar la menuda hierba y regresar á la majada. La mayor parte iban conducidos por zagales asalariados, por eso no vería en ellos abnegación ni amor. Cuando un corderuelo se aproximaba á un precipicio le dejaban perecer entre las fallas; cuando salía un lobo de la selva y se lanzaba sobre el rebaño, el vil pastor mercenario, en vez de defenderlo, huía cobardemente y dejaba á la fiera hacer una horrorosa carnicería en aquella grey confiada á su cuidado.

¡Aún sucedía á veces alguna cosa más triste! El pastor resultaba ser un ladrón y en vez de trabajar por la prosperidad del rebaño, robaba varias cabezas acompañando á sus cómplices amigos, y las degollaba á escondidas ó las llevaba por sendas ocultas y tortuosas hasta hacerlas desaparecer.

Y Jesús dirigiendo sus ojos á la humanidad la veía descarriada por los pastos de sus antojos; vejada por las ambiciones de sus jefes, que en vez de pensar en protegerla la hacían objeto de vil explotación, cuando eran los llamados á dirigirla, á salvarla y á ilustrarla y entonces decía de este mundo aquella frase llena de profunda melancolía: «Este es un rebaño sin pastor.»

Y su sueño dorado, su misión generosa y sublime, era precisamente el ser el verdadero, el universal, el único y el buen Pastor de la humanidad entera; el hacer brillar la indefectible luz del Evangelio á los ojos de los hombres, única luz que por siempre jamás será el medio eficaz de disipar las tinieblas de la vida; el colocar ante ellos una divina mesa con un manjar celestial que calmase todas las humanas necesidades y una bebida que templara todos sus ardores.

Su ilusión y su misión sublime era caminar en busca de las ovejas descarriadas y descender á los abismos y despeñaderos á donde se hubiesen caído, para sacarlas y volverlas á la vida. La humanidad no podía soñar en una escena más tierna y conmovedora que en la del Buen Pastor, que jadeante y sudoroso, lleva sobre sus hombros la ovejita descarriada, fámélica y maltrecha.

Su misión sublime y sus anhelos consistían en desafiar á los sañudos lobos, á los enemigos implacables de sus fieles. No ignoraba que ese reto iba á degenerar en una lucha horrenda que le costaría la vida; que derramaría hasta la última gota de su sangre, pero así y todo, sabía que esta muerte sería una definitiva victoria.

* * *

El Paisaje

¡Cuántas veces pasearía Jesús por las pintorescas montañas que rodean Nazaret por todas partes. Las bellezas de la naturaleza le encantaban sobre manera; y El sabía ahondar hasta lo más íntimo de sus leyes y de sus armonías.

La naturaleza de Oriente ofrece espectáculos grandiosos. Al agitar sus púrpuras la aurora, contemplaba cómo se elevaba el sol por detrás de las montañas de Galaad y de Hauran. El aire purificado de nieblas y vapores dejaba paso por su inmaculada diafanidad á aquel juego de luces, y se veía el astro del día como un surtidor de lumbré sobre las doradas cimas, sin estas perturbaciones y nebulosidades que en otros países enturbian tanta belleza. Jesús le seguía con

los ojos en aquel avance á lo sublime, hasta que le veía en toda su magnificencia lanzarse como un gigante á su fúlgida carrera. Iba ascendiendo con paso decidido y constante, derramando sobre el mundo luz, vida y colores. Cuando llegaba al cenit, al apogeo de su gloria meridiana, la vista del hombre se ofuscaba, no podía seguirle en su grandiosidad y era preciso bajar los ojos humillados.

Mas, Jesús, al bajar la vista, elevaba su mente y contemplaba la luz inaccesible en que vive eternamente la Divinidad. Veía al Verbo de Dios, fascinador encanto de luz, sol eterno del que el nuestro es apenas un tibio destello. Y en esta visión de la gloria infinita, su alma llegaba al dulce arrobamiento.

Después, al llegar la tarde, se complacía en ver desde las poéticas alturas, cómo el astro del día iba cayendo poco á poco hasta hundirse en el mar. Esta decadencia tenía sublimidad inexplicable. Las olas del Mediterráneo rizadas á penas por las auras tardías flameaban inquietas, como una masa inmensurable de oro derretido que tiembla en el inseguro crisol. — Después, como si un séquito numeroso vestido de gala fuera arrastrando sus mantos de oro y carmín sobre las montañas, se cubrían de grana los valles de Esdrelón, de Séforis y de Caná. Por fin la bahía que dormita entre el monte Carmelo y San Juan de Acre parecía á lo lejos como un imenso cáliz de esmeralda en donde caía el sol, como un granate desprendido del manto del Señor. Cuando aquel disco de fulgor se había anegado en las olas, el cielo quedaba aún teñido de visos y cambiantes de encantador idealismo.

Mientras en el Occidente fulguraban los últimos

destellos del día, allá en el Oriente se veían avanzar las huestes de la sombra, conquistando velozmente el horizonte. Las cumbres del Líbano, del Hermón y del Tabor se esfumaban en el aire con tonos indecisos.

Después llega la noche; pero nunca las tinieblas. Gracias á la pureza del aire, la plácida luz de las estrellas, basta para disipar la negrura de las sombras. La mirada cansada ya de la tierra se levanta al cielo y contempla esos millones de mundos superiores. ¡Qué ejército innumerable, qué cortejo de luz en torno de ese Dios que los atrae eternamente hacia al infinito! ¡Qué leyes más admirables que los sostienen en harmónico equilibrio en medio de sus evoluciones por las enormes órbitas! ¡Qué sentimiento de estática admiración produciría semejante espectáculo! ¡Qué mirada será capaz de abarcar de un solo golpe de vista ese conjunto, la inmensidad del universo? ¿Qué éxtasis produciría una comprensión exacta de tan grandioso cuadro? Sólo Jesús pudo disfrutar de esa dicha. ¿Quién será capaz de describir los divinos ensueños que acariciaría Jesús, trepando por aquellas alturas de Nazaret? ¿Qué tiene de particular que pasara noches enteras en oración, es decir, en contemplación del poder, de la sabiduría y de la bondad de su Padre? Jesús recordaba las palabras del Salmista: «El universo obedecía las órdenes de Dios, que hizo al sol rey del día, y á la luna reina de la noche. El trueno es su voz formidable y los relámpagos destellos de su mirada; los huracanes le abren camino y vuela sobre las alas de los vientos; las nubes velan su gloria y le sirven de escabel. Cuando descende, descienden los cielos; cuando se acerca, tiembla la tierra;

cuando las mira, humean las montañas como colosales incensarios que oscilan en su presencia; el universo entero se agita para saludar á su dueño y á su rey y bajo las etéreas bóvedas, todos los seres cantan á una voz: «Gloria al Creador»

* * *

La mirada de Jesús seguía con vivísimo interés el maravilloso trabajo de la naturaleza. Tras el letargo del invierno, el progresivo despertar de todas las cosas, la inflorescencia primaveral, la madurez del estío, las cosechas del otoño, el desarrollo de la naturaleza, desde el tierno brote, hasta el fruto. El veía perfectamente en todo esto la mano creadora y la influencia irresistible del que obra haciendo brotar la planta de un germen microscópico que da lugar á un tallo, á un arbusto ó á un tronco secular. Misterio insondable de la naturaleza, en donde las maravillas se encadenan sin interrupción; misterio que será la admiración de los elegidos, en cuanto gocen de su revelación.

El alma de Jesús se derretía de amor ante la inexplicable bondad de la Providencia, que se extiende sobre todos los seres, que los protege, los alimenta y silenciosamente los va llevando á su respectivo destino. Bondad admirable que se descubre con más relieve á medida que uno avanza por la escala de los seres, y que está, por decirlo así, en proporción del valor de la naturaleza de cada uno. Bondad infinita respecto del hombre, lo más noble de la naturaleza visible y respecto del Angel, lo más noble de la naturaleza invisible. ¡Ah! qué lujo de bondad nos dispensa el Creador; ¡Qué derroche de amor para con

nosotros! ¡Si el hombre pudiera vislumbrar el tesoro de amor que hacia él guarda el corazón divino!— Jesús lo comprendía perfectamente y esto le extasiaba



JESÚS Y LA HUMANIDAD

Mientras la naturaleza encantaba sus miradas y su alma, Jesús añadía interés y hermosura al espectáculo de la humanidad; á esa humanidad á la que se sentía unido por la comunidad de naturalezas; por la que había venido á este mundo y á la que deseaba hacer heredera del cielo.

Pasando su consideración sobre la humanidad como sobre la naturaleza, veía á Dios, al Creador, al Padre, principio único al que todo se remonta y está todo vinculado.

Pero Dios ha querido desasirse, por decirlo así, de gran parte de esta inagotable fecundidad. Ha querido que cada ser llevase en sí mismo el principio de reproducción; así se ha dignado buscar colaboración en esta obra de desenvolvimiento vital, en esta multiplicación de vida; instrumentos ciegos, ciertamente á veces inconscientes, pero eficaces, en el profundo misterio de que forman parte. En esto se funda esa maravillosa institución que se llama la familia; la familia en que el hombre manda, la mujer se sacrifica, y de la mutua abnegación y cariño resulta esa flor animada que se llama el hijo.

La familia ocupa el lugar más importante en los destinos terrestres de la humanidad. El hogar es el centro de la vida, la célula misteriosa, cuyo desarro-

llo produce la sociedad. Como hijo ó como padre, el hombre pasa su existencia en el hogar doméstico; allí ancla como en un puerto de restauración, allí está su centro de donde irradia al exterior; allí está el punto inmutable en donde se fija todos los días para rehacer sus fuerzas y hallar el alimento y el reposo indispensables para la vida. De allí saca las energías que después gasta en su vida social. Hasta llegar á mayor edad allí crece, se desarrolla y consigue la perfección relativa de su naturaleza. Cuando al fin abandona la familia, es para establecer otro hogar en donde seguirá la trayectoria conocida; donde formará una especie de curva reentrante, para comunicar al segundo todo lo que él ha recibido del primero.

Resumiendo en dos palabras el carácter humano de los treinta primeros años de Jesús, podríamos decir que en este primer periodo de su existencia vivió vida de familia; gozó de la familia y santificó la vida de familia. Esto le pareció suficiente. Niño, adolescente y joven guarda su puesto en el hogar doméstico obedeciendo á María y á José para santificar la obediencia; trabajando como laborioso obrero para santificar el trabajo, creciendo visiblemente en gracia y sabiduría delante de Dios y de los hombres, elevándose así lentamente al completo desarrollo y á la perfección de su naturaleza humana para conformarse á la ley del progreso que preside la creación y se muestra en todos los seres creados.

Como dueño del tiempo y de la vida, sabedor de que todas las cosas llegarán á su hora precisa, no se ha precipitado lo más mínimo en la ejecución de sus designios. Esta actitud da lugar á una plenitud ab-

soluta de energías y de posesión de sí misma; como cierta serenidad inquebrantable, y confianza ilimitada en el éxito de su empresa sobrehumana. Por eso pasa treinta años en la oscuridad, en el trabajo manual, en la preparación silenciosa y disimulada de su divina misión.

Así se explica que el secreto de Nazaret, haya venido á ser el modelo de todas las familias cristianas. Jesús encontró en él la felicidad humana hasta que llegó la hora de su revelación al mundo. De ese modo ha querido demostrarnos, que, si el deber nos llama al exterior á representar un papel social cualquiera, la verdadera satisfacción del alma y la felicidad relativa, que en este mundo puede disfrutarse, deben buscarse preferentemente en el seno de la familia.

Por esta razón ha querido santificar Jesús con su presencia el hogar doméstico, asistiendo á las bodas de Caná; por eso ha sublimado el honor de la familia proclamando la indisolubilidad del matrimonio, y elevando esta unión á aquella primitiva institución, á aquella hora bendita, en que el Creador diera al hombre una compañera semejante á él, — para compartir con él las eventualidades de la vida y los deberes casi divinos de la paternidad.

* * *

Un grado más en la escala de la familia y llegamos á la sociedad. En su origen la única autoridad social es la autoridad del Padre y la del abuelo sobre sus hijos y nietos respectivamente. El régimen patriarcal fué la pauta y el origen de todos los gobiernos humanos. Este fué seguramente el más perfecto de todos. La autoridad como todas las cosas, viene de

Dios. Los próceres de la sociedad no son más que ministros de Dios; su autoridad es la del Padre algún tanto agrandada.

De la multiplicación de familias han provenido las razas, las ciudades, los pueblos, las naciones, con su fisonomía particular, su lenguaje, usos y costumbres; si falta el abuelo, se elige el más grave y varonil para dirigir y proteger á los demás y poco á poco el jefe, el príncipe, el rey se rodea de consejeros y de ministros, intermediarios indispensables para transmitir sus órdenes y hacerlas cumplir. El bien público se impuso con preferencia al bien particular en multitud de circunstancias; la justicia tuvo que resolver conflictos y aplicar la sanción á los contraventores de la ley; fué forzoso organizar el ejército para defender la patria; y así lentamente se fueron constituyendo los gobiernos del mundo.

Jesús dirige sus miradas al mundo desde el humilde caserío de Nazaret; lamenta los abusos que los gobiernos cometen; abomina de la esclavitud en que viven las tres cuartas partes de la humanidad; pero reconoce á los representantes del Poder. Acata sus leyes, si son justas; paga el tributo que se le reclama, reconoce el imperio temporal en que se agitan las instituciones humanas y quiere que se dé al César lo que es del César.

Pero muy por encima de los poderes humanos está la soberanía de Dios. Manda acatar los poderes humanos, mientras estos acaten y se inclinen ante Dios. Pero en caso de colisión entre Dios y el César; si el César pretende alzarse contra Dios, es necesario ponerse siempre del lado del poder de Dios; entonces hay que obedecer á Dios, porque los hombres no

pueden matar más que el cuerpo, no tienen mandado ninguno en las almas; pero Dios, por el contrario, puede condenar al alma rebelde á un castigo eterno.

Más tarde á medida que las circunstancias le fueron familiarizando con las cuestiones sociales, expuso su opinión en algunos aforismos de infinito alcance y de preciosa oportunidad; tanto que el Evangelio es y será para el porvenir el Código social por excelencia.

* * *

Sobre la familia y la sociedad está el mundo y la humanidad.

El mundo con sus máximas inmorales, con sus principios de corrupción, con sus criminales costumbres y sus inclinaciones punibles; el mundo, convertido en triste reino de Satán, producía en el alma de Jesús una indignación vehemente rodeada de invencible repulsión. Más tarde, cuando se vea cara á cara con las pasiones violentas y las bajezas hipócritas del mundo, Jesús le maldecirá en términos que hacen temblar, porque no dan lugar á esperanza ninguna; él es el responsable de lo terrible de su misión redentora; y contra él sobre todo prevendrá á los fieles. Les inspirará tanto horror que en el curso del tiempo todas las almas que pertenezcan á Jesús, se alejen del mundo todo lo posible y le miren como el mayor enemigo de su salvación, como el deturpador de las conciencias, como el gran obstáculo al reinado de Dios en la humanidad. Sobre esa humanidad extendida por el tiempo y el espacio, tiende Jesús la mirada de su cariño. La contempla á través de las profundidades del porvenir y su corazón late de entusiasmo

al pensar que su Padre le ha dado por herencia las naciones y ha dejado en sus manos su salvación eterna.

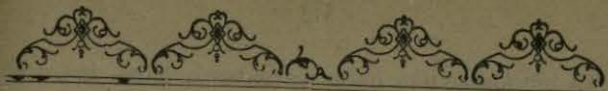
No hubo jamás inteligencia humana bastante dilatada, ni corazón capaz de contener en su recinto á la humanidad entera. Sólo Jesús ha podido hacerlo, dilatando su alma hasta el infinito. Sólo el ha podido vencer todas las dificultades y barreras que dividen las razas, para no ver en todas las generaciones y familias que componen el género humano, más que hermanos por su naturaleza, hijos de Dios por la adopción, desgraciados á quienes venir á salvar y coherederos que acaba de buscar para su gloria.

¡Ah! Ante esta visión de bondad palidece la mera filantropía y los sueños humanitarios de filósofos y poetas. ¡Ah! ¡Qué hermosa realidad! Colocar un faro luminoso en la cúspide del mundo para esclarecer con luz meridiana todas las inteligencias; poner en el centro de la humanidad un manantial de amor en que puedan saciarse todos los corazones hasta llegar al éxtasis embriagador; abrir un pozo, un depósito de gracia, en donde puedan las humanas generaciones lavarse y hundir sus miserias y recobrar la inocencia; hacer deslizarse entre las apretadas filas de la humanidad un río de vida capaz de contrarrestar todas las influencias de la muerte, de remediar todas las imperfecciones y cuyas saludables ondas, salvando las terrenales riberas, vayan á perderse con nosotros en el océano de la eternidad.

¡Ah! ¡Qué hermoso ensueño, sobre todo porque después de convertirse en magnífica realidad y hallar su fórmula concreta de resolución en aquellas palabras que Jesús dijo á sus apóstoles al lanzarse á la

conquista del mundo «Un solo rebaño y un solo pastor.»

Dicho se está, que en medio de estas grandiosas preocupaciones pasó el alma de Jesús los treinta primeros años de su existencia y esta idea fué lo bastante para llenar este primer periodo de su vida.



LOS PARIENTES DE JESÚS

Sobre este punto hay una desconsoladora ausencia de datos concretos. La tradición se contenta con decirnos que la bienaventurada Virgen María tuvo por padres á S. Joaquín y á Sta. Ana, ambos descendientes de David. Su casa estaba próxima al Templo. En el lugar supuesto de aquella bendita morada, entregado á Francia después de la guerra de Crimea, se levanta hoy una iglesia soberbia dedicada á Sta. Ana.

La madre de la Santísima Virgen, ó por lo menos su familia, parece haber sido originaria de Séforis, importante población de Galilea, á algunas leguas de Caná, por un lado, y de Nazaret por otro.

¿Joaquín y Ana tuvieron más hijos?

El Evangelio nos habla varias veces de una hermana de la Santísima Virgen que se casó con Cleofás y tuvo seis hijos, todos ellos mencionados por los Evangelistas: cuatro hijos Santiago, José, Simón y Judas; dos hijas, María y Salomé. No obstante, no hay prueba ninguna del vínculo de cosanguinidad que existió entre la Virgen y la esposa de Cleofás.

Cleofás parece haber sido el hermano de S. José; de donde resulta que su mujer no era propiamente la hermana sino la cuñada de la Santísima Virgen. Sea lo que quiera, sus hijos pueden considerarse como primos hermanos de Jesús.

Es indudable que había parentesco entre las dos madres sea de cosanguinidad, sea de afinidad, y por lo tanto entre los hijos. De ahí que en el Evangelio la esposa de Cleofás se le llama siempre hermana de la Virgen y á sus hijos é hijas, hermanos y hermanas de Jesús.

Entre las dos primas de Jesús, la una, María, parece que se quedó en el hogar paterno. La otra, Salomé parece ser que salió muy pronto de Nazaret ó de Séfhoris para ir á vivir en las riberas del lago de Tiberiades, en donde se casó con Zebedeo y fué madre de Santiago y Juan. Más tarde hallamos á ambos siguiendo á Jesús y prodigándole sus cariñosos cuidados en las rudas jornadas apostólicas.

Vese, pues, que la humilde familia de Nazaret no vivía del todo aislada.

Es de creer que durante su estancia en Nazaret cultivaría Jesús estas relaciones de familia sin necesidad de faltar á su divina reserva, ni traicionar al augusto secreto de su corazón; Simón y Judas fueron sus compañeros de infancia y juventud y vivieron en deliciosa intimidad. Ellos no dudarían seguramente de quien era El, y se puede asegurar que su respeto instintivo y su estimación no eran comparables más que con su cariño hacia El. Se conocían mejor que los otros, así que no se sorprendieron, ni escandalizaron cuando Jesús empezó su misión pública; ni cuando se fué revelando poco á poco, como profeta, como taumaturgo, como legislador, como Mesías y finalmente como Dios. Ellos fueron sus primeros discípulos; lo dejaron todo por seguirle, á excepción de José que se quedó guardando el hogar paterno; fueron sus apóstoles, sus testigos y sus

mártires. Su parentesco con Jesús fué para ellos un verdadero privilegio. Entre los que le rodeaban y después en todas las relaciones oficiales, se les consideraba siempre como «hermanos del Señor.»

* * *

Tres veces habla de ellos el Evangelio con este nombre. La primera vez, cuando Jesús saliendo de su gran silencio se manifiesta á la sinagoga de Nazaret y se presenta como el Enviado de Dios. Esta declaración repentina ó inesperada, da lugar á animadísimos y contradictorios comentarios en el pueblo.

¿Cómo puede ser? Exclaman. Todos le conocemos y el Mesías será desconocido. Nadie sabrá de donde viene, y sabemos perfectamente quién es: un obrero, el hijo de un obrero. Vive entre nosotros, es el hijo de María. ¿No es su padre José? Conocemos á sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas. Sus hermanos han vivido entre nosotros. ¿Qué significa todo esto? ¿Donde ha aprendido lo que sabe? ¿Donde ha adquirido el poder de realizar los prodigios que realiza?»

Estas palabras sacadas del Evangelio prueban con toda evidencia que el rumor público confundía con verdadero conocimiento, bajo la denominación de «hermanos y hermanas» á los primos y primas de Jesús.

La segunda vez que el Evangelio les da este nombre, es en el momento en que Jesús sale de Nazaret para no volver á él y extiende su predicación á las populosas riberas del lago de Tiberiades. «Después del milagro de las Bodas de Caná refiere S. Juan,

Jesús bajó á Cafarnaún con su madre, sus hermanos y discípulos.»

La interpretación es la misma. Sabemos que Santiago, Simón y Judas le siguieron. Siempre se emplea la misma expresión y siempre los mismos personajes. Nada de esto puede crear dificultades para un espíritu libre de prejuicios.

La tercera vez fué en solemnísimas circunstancias. Jesús se halla en medio de sus predicaciones evangélicas; sus milagros innumerables le hacen ser aclamado por la multitud. Sus palabras arrebatan al pueblo; pero su popularidad hace sombra á los fariseos y doctores de Israel. La envidia se subleva contra El. Emplean toda clase de armas, las contradicciones, las calumnias más vergonzosas, no perdonan medio alguno para desprestigiarlo en presencia del pueblo. Se le acusa ya de loco, ya de poseoso, ya de falso taumaturgo, que hace sus prodigios en nombre de Belzebú.

Pero Jesús conserva su divina calma, porque es consciente de su energía y sabe que es dueño de la malicia de aquellos desventurados. Así azota su hipocresía y refuta sus objeciones. Se venga del mal que quieren hacerle prodigándoles el bien. Una mujer entusiasmada, se deja oír entre la multitud, gritando: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron.» Y Jesús contesta inmediatamente, para llevar las cosas al orden espiritual: «Mil veces más aventurados son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.»

Los fariseos insisten y le piden un milagro para convencerse. Jesús que ve el fondo de sus corazones les confunde recordándoles el ejemplo de los Nini-

vitas que hicieron penitencia por la predicación de Jonás, —y Jesús es el algo más que Jonás;— el ejemplo de la reina de Sabá, que vino de lo más remoto del mediodía por escuchar la sabiduría de Salomón, y Jesús es bastante más que Salomón. Y sin embargo esta generación perversa no quiere aceptar estas palabras.

La multitud iba creciendo, mientras así hablaba Jesús, y rodeando la casa.

En esto llegaron su Madre y «sus hermanos», claro está, aquellos de que ya hemos hablado, los que le acompañaron de Nazaret al lago, Santiago, Simón y Judas, y viendo que les era imposible acercarse á él, suplicaron se le avisara á Jesús que estaban allí.

Tu madre y tus hermanos están ahí y te buscan; dijo uno. Jesús entonces contestó en voz alta.

Sabeis vosotros, quién es mi madre y mis hermanos?

Y echando una mirada de infinita ternura sobre los que estaban sentados á su alrededor y señalando con la mano á sus discípulos fieles, dijo: «Esos son mi Madre y mis hermanos. El que hace la voluntad de mi Padre que está en los Cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi Madre.,»

De este modo ha procurado Jesús hacernos entender á quien se dirigía este dulce nombre de «hermanos.» Verdad es que era aplicable á esos parientes que estaban unidos á El por los lazos de la sangre; pero sobre todo á aquellos que por la fe, por el amor y por la gracia acababan de juramentarse con El y hacerse discípulos fieles y oyentes dóciles de la palabra de Dios.

Y lo que dice á la multitud en un discurso público y solemne lo repite en la intimidad de sus conversaciones familiares con los apóstoles. “Que ninguno de entre vosotros se deje llamar Maestro, porque vosotros no teneis más que un Maestro y todos sois hermanos., Evidentemente la palabra “hermanos., está aquí tomada en un sentido lato y comprende no solamente los vínculos de la sangre sino también los del corazón y los del apostolado.

Hacia el fin de su vida en una ocasión en que revelaba á sus oyentes el misterio del juicio final quiso hacerles comprender hasta qué punto se identificaba con los desgraciados de este mundo, con los pobres, menesterosos, enfermos y prisioneros y oía sus palabras llenas de dulzura y de un alcance infinito: “Todo lo que hayais hecho al más pequeño de mis hermanos, me lo habeis hecho á mi mismo.,

Aquí la palabra “hermanos., se toma en ese vastísimo sentido en que la encontramos tantas veces en las relaciones de Jesús para con los hombres.

Cuando llegó la hora de su pasión el Salvador predijo á Pedro su lamentable apostasía y añadió para evitarle la desesperación: “Cuando vuelva sobre tí, serás el sostén de tus hermanos., Teniendo en cuenta que los “hermanos., de Pedro convertido son los apóstoles, los fieles y toda la iglesia del porvenir.

En la mañana de la Resurrección, Jesús dijo á la Magdalena: “Vete á buscar á mis hermanos y diles que subo hacia mi Padre que es vuestro Padre; hacia mi Dios que es vuestro Dios., Y María Magdalena, añade el Evangelio, fué en busca de sus discípulos y le dijo: “He visto al Señor y estas son sus palabras.,

Cuando Jesús se dejó ver de las Santas Mujeres les dijo: “Id á anunciar á mis hermanos que me verán en Galilea como se lo he predicho.

Esta denominación de “hermanos., se hizo tan corriente para significar los discípulos de Jesús que apenas se empleaba otra. “Corrió entre los Hermanos el rumor de que este discípulo no moriría., leemos en el último capítulo del Evangelio de S. Juan.

“Después de la Ascensión, dice S. Lucas, los Apóstoles se encerraron en la soledad y en la oración, con María Madre de Jesús y con sus hermanos., Y luego añade, “Pedro se levantó en medio de sus hermanos y les dijo: “Hombres, hermanos míos.,

Desde entonces los cristianos se llamaron entre sí con el dulce título de “hermanos.,

* * *

Sin embargo, por el privilegio de su parentesco natural, los tres apóstoles Santiago, Simón y Judas se llamaron siempre especialmente los “hermanos., del Señor., Cuando fuí á Jerusalén —dice S. Pablo, á los Gálatas,— no vio ningún personaje, fuera de Santiago, hermano del Señor.,

Es también interesantísimo el ver cuanto estimaba este Apostol Santiago el título de “hermano.,. Es muy natural que este nombre le elevase á incomparable altura ante los fieles si verdaderamente le correspondía por derecho de consanguinidad. Santiago dejó una carta dirigida á las Doce Tribus de Israel y empieza así: “Santiago, *Siervo* de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo á las doce tribus de Israel.

¿Cómo escribiría él, *Siervo* y no hermano si hubiese sido verdaderamente hermano y no simple pariente?

San Judas apoyado en los mismos derechos que Santiago, había debido prevalerse también de los vínculos que le unían al Salvador para autorizar sus palabras. Y no hay nada de eso. También nos ha dejado una carta dirigida á los primeros fieles que principia con estas líneas. “Judas, Siervo de Jesucristo, y hermano de Santiago....,

Así hace constar San Judas su título de hermano de Santiago. Pero respecto de Jesús el único título á que se cree con derecho es al de *Siervo*.

Teniendo en cuenta el formal testimonio de los dos apóstoles que pasaron siempre á los ojos del pueblo por “hermanos del Señor,, resulta imposible dentro de la buena fe, el dar á este precioso título otra significación que la de un parentesco natural indirecto y por línea colateral con el Salvador del mundo.

Inútil es que incrédulos modernos, alemanes y franceses, hayan hollado con ensañamiento uno de los más augustos florones de la guirnalda de María, pretendiendo tomar en su sentido literal la palabra “hermanos,, intentando atribuir más hijos á aquella cuyo honor principal estriba en su inmaculada virginidad; á aquella que después de haber dado á luz milagrosamente al Verbo Encarnado hubiera considerado como la más sacrílega profanación todo esperanza de otra maternidad puramente humana.

Está en contra de semejante aberración la fe de la Iglesia Católica entera desde los Apóstoles hasta nuestros días y el testimonio de veinte siglos cristianos que en nada han modificado su creencia. Están

en contra todas las razones teológicas y la delicadeza del sentimiento cristiano; y finalmente todas las reglas de exégesis bíblica, en cuya autoridad pretenden apoyarse.

Es un hecho innegable que en hebreo como en todas las lenguas orientales—y casi podríamos añadir y no orientales—la palabra “hermanos,, puede aplicarse á los compatriotas ya de una misma nación, ya de su mismo pueblo; á los partidarios de la misma doctrina y á los parientes de distintos grados como si fueran miembros de una misma familia.

Es por lo tanto una felonía pretender convertir en una prueba lo que á lo sumo podría llegar á ser una hipótesis inverosímil. Los tales se hallan obligados á reconocer que los únicos hermanos y hermanas de Jesús son única y exclusivamente Santiago, José, Simón, y Judas; María y Salomé hijos é hijas de Cleofás y de una hermana ó cuñada de la Santísima Virgen. Están obligados á admitir que que ninguna otra persona, fuera de esas, recibió nunca el nombre de hermano; están obligados á reconocer que la conducta y las palabras del Salvador serían inexplicables, cuando desde la Cruz, dirigiéndose á su Madre y á su discípulo amado, abrió aquellos cárdenos y moribundos labios para decir: “¡He ahí á tu hijo!,,. Lo cual evidentemente significa— Yo me muero; ya no te queda nada en este mundo, puesto que yo soy tu único hijo; pero quiero dejarte un apoyo; te doy el más amado de mis discípulos; Juan será desde hoy tu hijo adoptivo.

Después Jesús dijo á Juan: “Hijo mío, esa es tu Madre!,,.—Que quiere decir.—Mi pobre madre se queda sola en el mundo, puesto que yo soy su único